

Hermanas de Jesús Buen Pastor

Pastorcitas



Itinerario de Lectio Divina

en preparación al Seminario
sobre el ministerio de cura pastoral

FICHA 4

Imagen de la carátula:

Jesús Buen Pastor con su pueblo (*particular*)

Autor: Pjerin Sheldija

Lugar: Iglesia de Krajn - Albania

“Tú, pues, hijo mío, mantente fuerte en la gracia de Cristo Jesús” (2 Tm 2,1-13)

1. El contexto

El pasaje que nos disponemos a comentar y a orar, es la continuación de la lectio anterior. Pablo, consciente de las dificultades que el ministerio de su discípulo encuentra, lo ha exhortado a hacer memoria del don recibido con la consagración y con la imposición de las manos, después de haberle hecho reavivar los recuerdos de su infancia y juventud íntimamente ligados al testimonio de su madre y de su abuela, de las cuales recibió un sólido testimonio de fe. El pasaje que sigue tiene la intención de exhortar a Timoteo a no retroceder ante el deber que le ha sido confiado. Pablo, utilizando tres imágenes, quiere crear en el corazón de su discípulo una actitud de confianza y de paciencia. No es fácil dar un orden preciso a los pensamientos de Pablo, pero parece que el hilo conductor de esta exhortación es el de invitar a Timoteo a asumir su parte de sufrimiento, a cargar con el peso de su ministerio. La parte conclusiva de la exhortación (vv. 8-13) contiene la motivación teológica de sus recomendaciones.

2. El texto

vv. 1-2: Pablo invita a Timoteo a permanecer anclado a la gracia que está en Cristo Jesús y a transmitir cuanto ha recibido de Pablo a personas fieles, que sean capaces a su vez de instruir a otros. Se advierte la preocupación por una transmisión correcta y fiel de la doctrina.

vv. 3-7: Sigue una exhortación que utiliza tres símbolos y metáforas: el soldado, el atleta y el agricultor. La reflexión de Pablo se abre con un verbo - soporta conmigo (sunkakopàtheson) - que es el motivo central de esta parénesis. Timoteo debe ser consciente que el haber sido llamado a guiar una comunidad significa asumir un servicio que lo asemeja a Cristo. Existe una carga de sufrimiento que es “normal”, osaría decir obvia, a partir del momento en el que se es llamado a generar en la fe o a acompañar en un camino espiritual.

Las tres imágenes que siguen explican el carácter arduo y riesgoso del servicio apostólico.

El ministro es un **“buen soldado”** de Cristo. De este modo, Pablo advierte a Timoteo que debe estar listo para el combate. Es algo arriesgado pero necesario. En la carta a los Efesios es aún más evidente esta dimensión bélica, para la cual es necesario equiparse bien (cf. Ef 6,10-20). También en 1Cor 9,7: “¿Quién hace de soldado a costa propia?”.

El discípulo es también un **atleta**. En la primera carta a los Corintios, a conclusión de una reflexión sobre el significado de su ministerio, Pablo utiliza esta imagen: “¿No sabéis que en las carreras del estadio todos corren, mas uno solo recibe el premio? [...] Los atletas se privan de todo; y eso ¡por una corona corruptible!; nosotros, en cambio, por una incorruptible.” (1Cor 9,24-25). En nuestro texto, lo que se exige del atleta es que compita según las reglas.

Finalmente, el discípulo es un **agricultor** que trabaja con fatiga para recoger los frutos de la tierra. Siempre en 1Cor 9,7.10, Pablo utiliza la misma imagen: “¿Quién planta una viña y no come de sus frutos? [...] El que ara, en esperanza debe arar; y el trillador trilla, con la esperanza de recibir su parte.”

Las tres profesiones tienen en común la fatiga y el sufrimiento, y para el soldado también el riesgo de la vida. Notemos cómo san Pablo completa estas imágenes con alguna especificidad: el soldado se dedica cuerpo y alma a su servicio, sin otra intención que la de agradar a quien lo reclutó; el atleta compite según las

reglas para obtener la corona, y el agricultor es el primero que recoge los frutos de su trabajo. En otras palabras, para todos hay una meta y un premio que recibir.

vv. 8-13: Los versículos que cierran esta reflexión son una especie de fundamento de las recomendaciones anteriores. Pablo se refiere a la propia experiencia (v. 9-10) y finalmente propone un antiguo himno cristológico (vv. 11-13).

Después de animar al discípulo con las tres metáforas y con su experiencia, Pablo parte de la consideración teológica de Jesucristo resucitado.

La reflexión teológica es un resumen del kerigma, de la historia de la salvación. La primera y la segunda afirmación insisten por cuatro veces sobre la expresión “con Él”: “Si morimos con Él, viviremos con Él, si con Él nos mantenemos firmes, reinaremos con Él”. La vida del discípulo se define sólo y exclusivamente en relación a Cristo y al misterio del Bautismo: sepultura y resurrección. La preposición “con” define la identidad del creyente (cf. Rm 6,4-5).

La tercera y la cuarta afirmación parecen contrastar: “Si lo negamos, también Él nos negará, si somos infieles, Él permanece fiel”. Parece ser una victoria de la gracia aún allí donde el hombre se cierra: si negamos a Jesús, Él nos negará; sin embargo, permaneciendo fiel, no se negará a sí mismo, nos salvará.

En conclusión, el discípulo es invitado a leer su vida como una comunión con Jesús, como participación en los sufrimientos y en las pruebas del Señor.

3. Actualización

El apóstol Pablo, por experiencia personal, sabe que el ministerio y el acompañamiento espiritual pesan y exponen a la cárcel. Este peso del ministerio que podría desanimar, se convierte, por el contrario, en condición con la vida de tantos que llevan

adelante sus compromisos, su profesión, con esfuerzo y sufrimiento. Las imágenes utilizadas por Pablo tienen como fin el recordar que si los hombres se fatigan y sufren para asegurarse un sustento humano, con mayor razón el apóstol – que se ha consagrado para el Reino – no puede pensar en escapar de este peso. A veces es necesario reflexionar sobre tantos que son afectados por las tribulaciones, sufrimientos inauditos, en quien no encuentra trabajo o no logra pagar el arriendo, en los pobres y desesperados. Se tiene la impresión – a veces – que no nos damos cuenta que para muchos la vida es una lucha, aún sólo para sobrevivir. Considerar este peso nos ayuda a redimensionar tantos conflictos y ansiedades, con frecuencia causados por un deseo – no confesado – de afirmación de sí mismos, incluso en la vida religiosa. Se buscan condiciones ideales de vida y ministerio, mientras muchos – no consagrados – se dejan sabiamente modelar por la vida así como se presenta. Es el principio de la Encarnación, o si queremos, la espiritualidad de Nazareth, vivida en toda su radicalidad y profundidad por Charles de Foucauld.

La vida del discípulo requiere la fortaleza del soldado, la constancia del atleta y la paciencia del agricultor. Es necesario por tanto, redescubrir el gran don de la ascesis (entrenamiento) cristiana, sin la cual el don recibido muere. La ascesis puede ser muy peligrosa y desorientadora si se coloca al comienzo de un camino, sin haber tenido antes la experiencia de la liberación y de la consolación que brotan del encuentro con el Señor resucitado. Sin embargo, la ascesis es indispensable para custodiar y crecer en la conformación a Cristo; es siempre una respuesta al don recibido.

Ser apóstoles significa aceptar el peso del sufrimiento y de la prueba, sin ceder a visiones “dolorísticas” y sin caer en un estéril “lloriqueo”; la vida es también fatiga, y para un discípulo el sufrimiento no es un obstáculo, sino una condición que, si es vivida con fe, nos asemeja a Cristo.

En los momentos en los que la prueba parece superar nuestras fuerzas, es la memoria de la fidelidad de Dios la que nos sostiene: ¡Si somos infieles, Él permanece fiel!

4. En oración con la Palabra

1. ¿Soy consciente que todo compromiso y profesión conllevan fatiga y sufrimiento para llegar a la meta? Más aún, ¿estoy convencida que el servicio al Evangelio requiere fortaleza, constancia y paciencia para dar fruto? ¿Cómo asumo y vivo esta exigencia?
2. En las situaciones cotidianas gravosas y de fatiga, ¿de dónde saco la fuerza para proseguir en mi ministerio pastoral sin desanimarme?
3. Aún en nuestra vida religiosa, conflictos y ansiedades podrían esconder el deseo de afirmación de sí. ¿Cómo me “entreno” en valorizar el sufrimiento y la fatiga, para asemejarme siempre más a Cristo?
4. ¿Me dejo modelar por la vida así como se presenta, o me refugio en ideales de vida y de ministerio lejos de la lógica de la Encarnación?

Escribo los pensamientos y los sentimientos que la oración de la Palabra ha suscitado en mí, para no olvidarlos, y poder compartir con las Hermanas.

N.B. Cuanto he vivido en la oración y de lo cual he tomado nota puedo enviarlo directamente a la Superiora General, para contribuir a la preparación del Seminario sobre nuestro ministerio de cura pastoral.

Compartiendo con la comunidad

1. Invocamos el Espíritu Santo.
2. Releemos juntas el texto de la Palabra meditada.
3. Compartimos lo que cada una ha percibido en la oración personal.
4. Nos detenemos en silencio para saborear el gusto de cuanto cada Hermana comparte.
5. Agradecemos por el don recibido.

Si la comunidad quiere contribuir a la reflexión sobre el ministerio de cura pastoral, una Hermana toma nota de los elementos esenciales de la condivisión para poder mandarlo a la Circunscripción, que recopilará el material en vista del Seminario, de enviar al Gobierno General.

Roma, Casa General
Julio de 2008